



El poder de las razones frente a las razones de los poderes

Conversación con Luis Salazar Carrión

Arturo Sánchez Meyer

El filósofo, profesor e investigador de la Unidad Iztapalapa nos habla en entrevista de la utilidad de la filosofía, la crisis de la cultura en nuestro país, el pragmatismo político como agente nocivo para la educación y “la lección de los clásicos” ante las nuevas categorías filosóficas; aboga por una política de y desde la cultura, y sugiere por qué es imperativo para los estudiantes cuestionar su vocación.

Dentro de su amplia experiencia en el mundo de la filosofía ¿qué cree usted que debería cambiar para que ésta ocupara un lugar preponderante en el sistema educativo de nuestro país?

No estoy seguro de que el estudio de la filosofía deba ocupar un “lugar preponderante” dentro de nuestro sistema educativo. Yo diría, más bien, un lugar útil para la formación y preparación de personas capaces de pensar, reflexionar, argumentar y criticar seriamente tanto sus opiniones como las ajenas. Capaces, en otras palabras, de asumir una postura laica, tolerante, ilustrada y no dogmática ante los problemas actuales de México



Fotografías: Centro de Información
y Documentación Histórica UAM

y del mundo. Pero para ello se requiere superar la visión, tan extendida en nuestro sistema educativo, de que el aprendizaje, la cultura y el saber riguroso son cosas aburridas que no sirven para nada. Lamentablemente esta es la visión que promueve la mayor parte de los medios de comunicación y que, para colmo, comparten demasiados profesores sin verdadera vocación académica.

¿Le parece que la filosofía y las humanidades en general se encuentran actualmente en crisis?

Desde que la, o mejor, las filosofías —porque a diferencia de lo que ocurre con esos saberes nunca ha existido un consenso sobre la naturaleza, objeto y método de “la” filosofía— perdieron su pretendida superioridad sobre el resto de los saberes científicos, los que estudiamos filosofía debemos reconocer que no es fácil precisar el estatuto teórico de nuestra disciplina. Debemos reconocer por ende que no existe La filosofía con mayúsculas sino una pluralidad de tendencias y perspectivas teóricas que desde la antigüedad grecolatina se han planteado cuestiones metafísicas, epistemológicas, éticas, estéticas y políticas que, si bien no pueden recibir respuestas definitivas, nos pueden ayudar a comprender críticamente algunas dimensiones esenciales de nuestra cultura y de nuestra realidad. La lectura de los autores clásicos, esto es, de esos autores insuperables que siempre tienen algo nuevo y sorprendente que decirnos, más que para encontrar verdades y certidumbres, debe servir para plantearnos dudas, incertidumbres, problemas; debe servirnos para obligarnos a pensar y repensar críticamente las evidencias y prejuicios de nuestro sentido común; debe ayudarnos, como ya decía Sócrates, a tomar conciencia de nuestra ignorancia, a saber (y saber reconocer) todo lo que no sabemos. En este sentido, si algo nos enseña la historia de la filosofía, es que lo peor que puede pasarle a esta



disciplina es perder contacto con la realidad convirtiéndose en un saber escolástico en el sentido peyorativo del término, esto es, en un saber fundado en el principio de autoridad. Tal vez, deberíamos decir que como saberes críticos las buenas filosofías son las que cuestionan todo, incluso su propio estatuto, sus propios métodos, sus propias tesis. Y que, en consecuencia, siempre son conscientes de su crisis.

Otro problema es el generado por el desprecio mediático, mercantilista o populista por la filosofía y las humanidades. En los tres casos, lo que ese desprecio expresa es una política de la incultura, una política que considera a la cultura como un lujo costoso e innecesario, pues lo que busca es reducir a las personas a meros consumidores pasivos y acríticos de entretenimientos, prejuicios, dogmas y liderazgos supuestamente carismáticos. Pero esto, más que de una crisis de la filosofía y las humanidades, nos habla de una crisis de la cultura laica e ilustrada que, promovida por poderes económicos, mediáticos e incluso partidarios, pone en jaque los presupuestos mismos de un orden democrático realmente sustentado en ciudadanos informados y racionales.

Usted ha centrado parte de sus investigaciones filosóficas en los sistemas políticos y la democracia. Bajo esa óptica

¿le parece que el Estado mexicano es eficaz en cuanto a su política educativa y de difusión cultural?

Uno de los legados más lamentables de nuestro pasado autoritario, que lastra muy negativamente la incipiente democracia que hoy tenemos, es el de haber convertido a la educación pública y la difusión cultural en un *instrumentum regni*, en un instrumento al servicio del poder político y sus titulares. Sin duda el Estado postrevolucionario realizó un ingente esfuerzo por ampliar la cobertura educativa; y sin duda la masificación derivada del vertiginoso crecimiento demográfico impactó negativamente en la calidad de la enseñanza. Pero fue sobre todo el sacrificio de los valores propiamente académicos en el altar de un pragmatismo político autoritario lo que nos ha conducido a la catástrofe educativa que hoy, además, se ve agravada por el poder salvaje, sin contrapesos, del duopolio televisivo. Por su parte, una concepción pobre, simplista y hasta milagrosa de la democracia, identificándola con la alternancia o peor aún con “sacar al PRI de Los Pinos”, obstaculizó y todavía obstaculiza el reconocimiento de que la mayor parte de los magros resultados de nuestra transición democrática ya no tiene que ver con las leyes, instituciones y procesos electorales, sino con la debilidad e ineficiencia de las instituciones públicas, con lo que se ha denominado la captura del Estado por poderes que deforman y pervierten sus funciones como garante de los derechos fundamentales de los mexicanos. Entre ellos, el derecho a una educación de calidad no sometida a los intereses de un corporativismo y unos liderazgos corruptos cuando no vandálicos. El reiterado fracaso de las reformas educativas propuestas (y más bien pospuestas) por todos los gobiernos pone de manifiesto la muy escasa legitimidad de las autoridades para tomar decisiones serias y, como en el caso de la reforma atinente a los medios de comunicación, la

preferencia de nuestros políticos a establecer turbias y costosas alianzas con los poderes fácticos, tanto a nivel federal como a nivel estatal.

¿Qué es lo que puede acarrearle a una sociedad como la nuestra el hecho de que los jóvenes carezcan del estudio de la filosofía?

Como ya sugerí antes, para mí la actividad filosófica debe entenderse como una defensa del “poder” de las razones frente a las “razones” de los poderes. Esto significa que su estudio y difusión puede servir, o mejor, debería servir para formar ciudadanos críticos, ciudadanos conscientes de sus derechos y de sus obligaciones, capaces de razonar y discutir civilizadamente sus posiciones y opiniones, y también capaces de exigir razones a sus representantes y a sus gobernantes. Personas en fin que, como quería Kant, sean capaces de superar su culpable minoría de edad y de atreverse a saber (*sapere aude*), a usar su propia inteligencia, a pensar por cuenta propia, lo que es el gran ideal de la Ilustración. Pero obviamente no creo que la sola enseñanza de la filosofía en un contexto marcado por el desprecio de la cultura del que hablé arriba pueda bastar para alcanzar este ideal. Menos aún si esta enseñanza, como ocurre con demasiada frecuencia, se limita a la memorización de nombres, fechas, autores y argumentos, a una erudición hueca y sin contacto alguno con la realidad vivida y padecida por los estudiantes. Acaso por este tipo de enseñanza es que surge sistemáticamente la tentación de eliminar las materias filosóficas de los planes de estudio, sustituyéndolas por cosas más “útiles” o “prácticas”. En este sentido, los que nos dedicamos a la enseñanza de estas materias tendríamos que asumir autocriticamente que la defensa de la enseñanza de la filosofía no es un cuestión meramente gremial, sino sobre todo cultural; a saber, una cuestión que concierne

a lo que Norberto Bobbio llamaba política de y desde la cultura, de y desde los valores del pensamiento crítico, racional y riguroso.

Dentro de sus investigaciones ha revisado la obra de autores clásicos como Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Locke y Rousseau. ¿Cómo podría el pensamiento de estos filósofos arrojar luz sobre la situación actual de la filosofía?

La historia de la filosofía es tan rica y diversa, y la literatura en torno a los clásicos es tan extensa que todo el que estudia filosofía se ve obligado a elegir y especializarse en determinados autores, evitando caer en la tentación de creer y pretender que son los únicos o los más importantes. Pero debiera ser evidente que las grandes figuras de la filosofía política contemporánea, Rawls, Habermas o el propio Bobbio, resultan incomprensibles sin un conocimiento básico de los autores mencionados en la pregunta. Todo estudio serio de las filosofías contemporáneas supone, en este sentido, el conocimiento de lo que el gran profesor turinés llamaba “la lección de los clásicos”, de los autores que cuentan precisamente por haber planteado problemas, categorías y modelos teóricos que de un modo o de otro mantienen su vigencia.

¿Cree usted que existe en México un Estado de Derecho eficaz? ¿Cómo podría la filosofía intervenir en este aspecto?

Aunque formalmente tenemos un Estado Constitucional de Derecho, lo cierto es que, como dije antes, la captura de las instituciones públicas por poderes fácticos derivados de las abismales desigualdades que fracturan a nuestra sociedad civil lo ha transformado en lo que debiera más bien denominarse un Estado patrimonial de privilegios. La escasa legitimidad y la consecuente debilidad de las instituciones públicas las convierte en botín o patrimonio de partidos, sindicatos, poderes económicos y mediáticos, de modo que en lugar de proteger y garantizar universalmente los derechos fundamentales de la población, terminan distribuyendo discrecionalmente privilegios, impunidad y recursos de acuerdo con la fuerza y la capacidad de extorsión local, estatal o nacional de nuestra incivil

sociedad civil. De ahí el desprestigio radical de lo público frente a lo privado; de ahí el éxito, sorprendente en un país tan desigual, de las políticas privatizadoras de corte neoliberal. De ahí también la desconfianza y la falta de solidaridad que reinan en nuestra sociedad. No obstante, habría que reconocer que nuestra incipiente democracia ha tenido una consecuencia positiva: el derecho y los derechos se han vuelto cada vez más importantes, a pesar de la fiera resistencia de todos los poderes acostumbrados a colocarse por encima de la ley.

En este horizonte, no sólo la filosofía sino las ciencias jurídicas, políticas y sociales tendrían que jugar un papel importante en la transformación de nuestra (in)cultura política, mostrando que, pese a todo, el derecho, las leyes, la legalidad y los derechos, en la medida en que funcionan adecuadamente, son la condición necesaria para la construcción de una democracia eficaz y de una sociedad justa o, por lo menos, no tan injusta. Construir una verdadera cultura de la legalidad es la única vía razonable para transitar desde ese Estado patrimonial de privilegios a un auténtico Estado Constitucional de Derecho.

Ante el panorama actual de la filosofía en nuestro país, ¿cómo se puede alentar a los jóvenes para que continúen con el estudio de esta disciplina?

En primer lugar promoviendo ese rasgo psicológico que el tradicionalismo y el conformismo mexicanos ven casi como un pecado o un peligro, es decir, la curiosidad, la capacidad de hacerse preguntas, de poner en duda supuestas evidencias, de cuestionar los dogmas y las sedicentes verdades del sentido común. Acaso el peor efecto de nuestro sistema educativo es que parece orientado a aniquilar la curiosidad, el deseo de aprender y de saber, el interés por las ciencias, por los grandes debates y problemas que desde siempre han preocupado a la humanidad. Es como si nuestras escuelas —no siempre y no todas, pero sí con frecuencia y demasiadas— “vacunaran” a los estudiantes contra el deseo y la pasión por estudiar, por pensar, por discutir seriamente los problemas. Poco o nada es lo que se reconoce el esfuerzo de profesores heroicos que en

circunstancias adversas intentan despertar la curiosidad y el interés de aprender de sus alumnos; poco se reconoce el esfuerzo de estudiantes que igualmente en condiciones adversas, con recursos escasísimos, asumen un verdadero compromiso con sus estudios.

En segundo lugar, su estudio se puede alentar mostrando que la lectura y discusión de las grandes figuras de la historia de la filosofía, lejos de ser aburrida y estéril, puede vivirse como una interminable aventura del pensamiento, tan apasionante o más que otro tipo de aventuras. Una aventura que, además, puede ayudarnos a entender más y mejor el mundo que nos rodea. Pero todo esto, habría que reconocerlo, implica eso que Max Weber llamaba vocación, entrega y disciplina. Sucede lo mismo en todas las actividades no meramente mercenarias, lo mismo en la música y en la literatura que en la filosofía o las ciencias: si no existe vocación, pasión por lo que se hace, el estudio se vuelve hostil, aburrido e inútil.

¿Por qué cree que organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), tienden a restar importancia a las humanidades (sobre todo a la filosofía) en los modelos educativos que proponen?



Puedo imaginarme dos tipos de razones. El primero tiene que ver con una estrecha visión eficientista y mercantilista de la educación, según la cual sólo tiene sentido enseñar lo que es inmediatamente útil o práctico para el temible mercado de trabajo. En esta mezquina perspectiva enseñar a pensar claramente, lógicamente, seriamente, tiene que parecer una pérdida de tiempo. El segundo, en cambio, tiene que ver con razones más serias que no se pueden dejar de lado. Me refiero a que la ínfima calidad de la educación primaria y secundaria en los hechos obliga a que la llamada educación media y superior deba dedicarse a superar los rezagos y los huecos dejados por los niveles anteriores. Si se carece de capacidades elementales de lectura y de escritura, difícilmente se puede esperar comprensión e incluso interés para materias tan abstractas y complejas como las filosóficas. Si no se tiene una información histórica mínima, ocurre lo mismo. Si no se dispone de una formación básica en matemáticas y geometría, la lógica proposicional se vuelve un misterio irresoluble. Quizá por ello la OCDE acaba por considerar la enseñanza de la filosofía como un lujo que no podemos permitirnos.

Desde su experiencia como profesor e investigador, ¿qué les recomendaría a quienes están estudiando actualmente filosofía para que puedan ampliar su campo laboral?

La carrera de un profesor de filosofía, como por lo demás la carrera de los científicos no técnicos, está sujeta a azares imprevisibles. Por eso más que recomendaciones me atrevería decirle a los estudiantes que reflexionen seriamente sobre su propia vocación o interés por los estudios filosóficos; que se pregunten, por decirlo coloquialmente, si realmente disfrutan o sólo padecen leyendo textos difíciles, a veces incluso abstrusos y oscuros. Y que decidan a tiempo si verdaderamente quieren dedicarse a una profesión que puede ser apasionante, pero que difícilmente los conducirá a la fama o a la riqueza. Y que, por eso, como decía alguna vez Spinoza, sólo puede prometer una felicidad tan difícil como rara. ■